

en el caso que llaman *vocativo*, á la persona con quien se habla: *Hola, muchachos; Ea, camaradas; Silencio; señores; Tate, amigo*. Basta por tanto tener presente lo que acerca de sus significados se dijo en la Analogía.

## CAPITULO IX.

### DEL LENGUAJE CASTELLANO ACTUAL.

No ha sido casualidad ni inadvertencia de los autores que han escrito Gramáticas, el no haber tratado ninguno esta materia, sino cuidadoso estudio, nacido del convencimiento de su delicadeza y de sus espinas. Porque las tiene en efecto el señalar las pequeñas y casi imperceptibles particularidades, que varían la dicción de un mismo idioma en distintas épocas. Con todo yo tengo por demasiado esencial este capítulo, como lo indico en el prólogo y en la nota B, para pasarlo en silencio; y aunque estói seguro de que lo dejo muy léjos de la perfección que cabe en él y no desconozco, me resuelvo á abrir este camino, no dudando que otro, mas hábil que yo y mas dichoso, tendrá la gloria de allanarlo y perfeccionarlo.

La locución consta de palabras y frases: las frases comprenden las imágenes ó metáforas, y la estructura de los incisos y períodos. De todo voi á hablar, en cuanto dice relación con la lengua española.

### *De las palabras y frases.*

Dos vicios deben huirse igualmente en toda lengua viva: incurrén en el uno los que están tan aferrados á los escritores clásicos que nos han precedido, que no creen pura y castiza una voz, si no está autorizada por ellos; y el otro, que es el mas frecuente, como que se hermana mucho con la ignorancia, consiste en adoptar sin discreción nuevos giros y nuevas voces, dando á las cosas que ya conocieron y llamaron por su nombre nuestros antepasados, áquél con que á nuestros vecinos les place designarlas ahora. Para hablar con pureza el castellano, conviene evitar uno y otro

escollo; y pues nuestra lengua debe á la latina gran parte de su riqueza, de ella pueden tomarse las palabras de que tuviéremos una absoluta necesidad, acomodándolas á la inflexión y genio del español, esto es, *parcè delorta*, según previene Horacio. Con ménos rezelo pueden adoptarse las palabras que para las ciencias y artes se requieran, ó hayan empleado ya los escritores de otras naciones, sacadas de la lengua griega, que es el depósito universal de las nomenclaturas técnicas; pero hemos de ser sumamente cautos en todo lo que recibimos de los franceses, ya porque la índole de la suya es, sin parecerlo, muy diversa de la de nuestra lengua; ya porque el roce con los de esta nación y la continua lectura de sus libros no pueden ménos de llenarnos la cabeza de sus idiotismos, haciéndonos olvidar los nuestros. En todo hemos no obstante de someternos á la lei irresistible del *uso*, entendiéndolo por tal la autoridad de los escritores mas distinguidos.

Con arreglo á estas máximas, que me parecen indisputables, asignaré las principales diferencias entre las palabras y frases de nuestro lenguaje corriente y el de los autores del siglo XVI, para que se vea, que si bien debemos estudiarlos, como dechados de saber y de sonoridad en la locución, no nos es permitido copiarlos tan servilmente, que pretendamos oponernos á las novedades, que en las lenguas, como en todo, ha causado el trascurso de dos siglos. Créo que estas diferencias pueden clasificarse del modo siguiente.

1<sup>a</sup> Vozes y frases del siglo XVI que están anticuadas al presente, como *Ayuntar, cabo* (por *capitan* ó *jefe militar*), *crecer* (por *aumentar*), *holganza, magüer, obsequias, pláceme, solaz, topar, tristura, dar á saco, parar mientes, pararse feo, ponerse de hinojos*; y muchísimos verbales en *miento*, como *alegramiento, azotamiento, cansamiento, callamiento, cicatrizamiento, cortamiento, matamiento, mudamiento, pleiteamiento*, etc. etc. Á esta misma clase han de referirse muchos verbos que llevaban entónces antepuesta la partícula componente *a*, la cual se omite ahora, como *Abajar, abastar, adamar, limpiar, allénar, ámar, amenguar, asosegar, atapar*; y las dicciones que no retienen su antigua acepción, como *haber*, que ya no significa *tener*, sino en pocos y determi-

nados casos; *ser*, que equivalia muchas veces á *vivir*, v. g. *Si Homero fuera en estos tiempos*, en lugar de, *si viviera*; *ir* ó *andar*, que valian en algunas ocasiones tanto como *estar*, v. g. *Por ir tan llena de leccion y doctrina*, dice Cervantes de Salazar, y Velázquez de Velasco en la *Lena*, *De que el corazon anda* (por *está*) *lleno*; y el verbo *necesitar*, que era activo y significaba lo mismo que nuestro *obligar*, en cuyo sentido lo tengo por anticuadísimo, si bien la Academia no lo reconoce por tal. — *Donde*, como adverbio de lugar, solo denota aquel en que está ó se hace algo, mientras en lo antiguo significaba además el de que procedia, ó al que se encaminaba alguna cosa; y aun suplía comunmente á los relativos, v. g. *Los ejemplos por donde los hombres deben gobernar su conducta*. — *Cuyo* no lo usamos en las preguntas, y pocas veces como relativo, prefiriendo decir, *De quien, del cual, de él*, etc.

No se entienda que apruebo la calificación de anticuadas que se da á las palabras de uso poco frecuente, porque rara vez ocurre hablar de las cosas que significan; y á las que no tienen un equivalente en la actualidad. Son de las primeras *Bohordar, burdegano, calamorrar, cripta, crismar, crisuela, cuaresmar, jubetería, judicativo*, etc.; y de las segundas *Allende, amblador, aparatoso, aplebeyar, arrufaldado, badajear, cadañal, cadañero, cólcedra, condesil, confesante* (el que se confiesa), *constátil, consejable, conservero, consumitivo, consuntivo, convocadero, cosible, cuartamente, descerebrar, desplumadura, enlabiar, enseñadero, espectral, escomulgamiento* (que es el acto de echar la escomunion), *eviterno, filancia, grillar* (por cantar los grillos), *hojecer, insuflar* (por inspirar en el ánimo una cosa), *misar, orfebre, orfebrería*, y muchas otras, que llevan en el *Diccionario* el signo de anticuadas.

II<sup>a</sup> Muchas voces que usaron nuestros buenos escritores, serian hoy miradas justamente como verdaderos galicismos: tales son *Afamado* (por *hambriento*), *asaz*, *atender* (por *esperar*), *averar, aviso* (por *dictámen* ó *parecer*), *caporal* (por *cabo de escuadra*), *contrada* (por *país*), *defender* (por *prohibir*), *domaje* (por *daño*), *ensamble, entretener* (por *mantener*), *habillado* (por *vestido*), *hacer el amor* (por *enamorar*), *letra* (por *carta*),

*meter* (por *poner*), *nombre* (por *número*), *otramente*, *reprochar, reproche, sujeto* (por *asunto*), *tirar* (por *sacar*), etc. etc.

Algunas, aunque no fueron desconocidas á nuestros mayores, eran tan raras entre ellos como frecuentes en el habla moderna, á cuyo número pertenecen *Abocarse, aliado, atribucion, beneficencia, clientela, confederado, chocante, chocar, ensayo, fascinar, inerte, lealtad* (por *fidelidad*), *morbidez, municipal, pisaverde, posicion* (por *situacion*), *sociabilidad, veleidad*, etc.

Algunas que entre ellos no lo eran, son familiares, y aun bajas para nosotros, coma *bacin* por *bacia* ó *barreño*, *oreja* por *oído*. *Regoldar* fué usado por los mejores escritores del tiempo de Cervantes, si bien este lo calificó (*Don Quijote*, parte segunda, capít. 25) *de uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua castellana*; y á mi como tal me suena, no obstante que la Academia no lo reputa por del estilo bajo, ni aun del familiar, y que Garces en el prólogo al tomo segundo del *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*, se empeña en vindicarlo de toda nota de bajeza ó malsonancia.

Otras han tomado un significado distinto del que ántes tenían, como *Arenga, arengar, auspicio* (cuando lo usamos por *recomendacion*), *bolsa* (por *lonja*), *cortejar, cortejo, despacho oficial, destino* (por el empleo que uno tiene, ó la suerte que le ha cabido), *encadenamiento de los sucesos, entrevista* (por *conferencia*), *época, noticia de oficio, patriota*, etc. Algunas de estas voces, y aun de las verdaderamente anticuadas, están en uso todavía, bajo su significacion primitiva, en varios pueblos y entre ciertas gentes de Castilla la vieja.

III<sup>a</sup> Hai dicciones y frases enteramente nuevas, las cuales no debemos ya escluir del tesoro de la lengua. Tales son *Accion* (de guerra), *bello-sexo, bilocar, bilocarse, cenamierenda, desmoralizar, divergencia, exaltado* (por *acalorado en las opiniones*), *traque, funcion* (por *fiesta*), *funcionario, garantía, garantir, inmoral, intriga, organizar* (por *ordenar*), *paralizar, patriotismo, petimetre, presidir* (por *intervenir como parte principal*), *quincalla, quinquillero, rango, transporte* (por *rapto*), y muchas mas, que seria sobrado largo referir. Otro tanto

debe decirse de las frases *Á propósito*, *á pesar de*, *erigirse en*, etc. etc.

No ignoro que algunos autores repugnan emplear muchas de estas voces y frases, las cuales habiendo sido prolijadas por otros de primera nota y por el uso general, gozan ya de una indisputable ciudadanía. Y ¿quién sabe si obtendrán algún día del mismo modo carta de naturaleza *Asamblea*, *coqueta*, *detalle*, *esvelta*, *mocion*, *municipalidad*, *nacionalizar* etc., palabras que andan hoy como vergonzantes al apoyo de uno que otro escritor; ó si se esparcirán por todo el suelo español *Ayar*, *alfarrazar*, *cenojiles*, *curiana*, é infinitas mas, que están circunscritas ahora al estrecho ámbito de una provincia? De este modo hemos visto que *panal* (por el *esponjado* ó *azucarillo*) era cuarenta años atras provincial de Andalucía, y no solo está al presente admitido en Madrid, sino que ha hallado ya cabida en el *Diccionario* de la Academia.

Es tambien nuevo el uso de las espresiones, ya adverbiales, ya conjuncionales, con que se confirma alguna cosa, ó se saca por ilacion de la que antecede, por ejemplo, *Así que*, *por eso*, *por lo mismo*, *por lo tanto*, etc., cuyas vezes solia hacer la conjuncion *que*, la cual suplía tambien en muchos casos al *porque* causal.

Se ha fijado al presente la significacion de ciertas palabras, que la tenían muy vaga en lo antiguo. *Quien* servía para todos los números, y para las cosas lo mismo que para las personas; y ahora solo puede referirse á las personas del singular. Con el adjetivo *este* señalamos un objeto que está muy cerca de nosotros, y con el *ese* el que se halla mas inmediato á la persona á quien dirigimos la palabra, que á nosotros; ó bien la cosa sobre que recae nuestra conversacion con alguno; distincion que no conocieron nuestros antepasados, como ni la que hemos puesto entre *estatuto*, *instituto*, *ordenamiento*, *ordenanza* y *regla*, que ellos miraban casi como sinónomas. Usaban muchas vezes indistintamente de los verbos *ser* y *estar*, cuya diferencia, establecida en las páginas 204 á 205, es ya una regla de que no debemos separarnos. Hacían mas, pues empleaban el verbo *ser* como auxiliar en lugar del *haber*, así es que leemos en ellos: *Luego que fueres salido*; *Nosotros somos venidos*. Tampoco se cuidaban del refinamiento de mudar las con-

junciones *y*, ó en *é*, *ú*, cuando sigue á la primera una *i*, y á la segunda otra *o*. La preposicion *á* denotaba localidad en muchas frases en que se prefiere ahora la *en*, puesto que decían, *Vi á tu pecho la insignia*. La *en* suplía á la *de* ó *sobre* en las frases, *Hablaba en tu negocio*; *Contentian los dos hermanos en la herencia*, etc. etc.; y la *por*, causal casi esclusivamente para nosotros, designaba con mucha frecuencia el objeto final en tiempo de nuestros mayores.

Hai que añadir, lo poco que se paraban en repetir una palabra en sentencias muy cortas, y acaso en un mismo renglon; lo que miramos como un desaliño, y pudiera todavia notarse como una falta, atendido el ancho campo que para la variedad ofrece la lengua castellana. Este, que puede llamarse descuido, forma otro de los caracteres de su estilo.

Se han introducido ademas en la diccion las siguientes inovaciones harto notables: 1.<sup>a</sup> Usamos de ordinario de la reduplicacion *se* en las oraciones en que no aparece persona alguna agente, y la paciente se espresa solo por medio del pronombre *él* en el caso oblicuo. Decimos, *Se le nombró para la embajada*, en lugar de, *Fué nombrado para la embajada*. Entre los antiguos era muy raro, pero no desconocido, semejante giro, pues lo usó Cervantes en el prólogo del *Quijote*: *Como quien se engendró en la cárcel*; y el Arcipreste de Hita habia dicho ántes que él, en la copla 595,

Por ante los pescados se toman so las ondas.

2.<sup>a</sup> Muchas vezes los verbos *hacer* ó *poner*, unidos á algun sustantivo ó adjetivo, suplen á los verbos simples, v. g. *Hacer distincion* por *distinguir*, *hacer honor* por *honrar*, *poner en duda* por *dudar*, *poner en ridiculo* por *ridiculizar*, *ponerse desesperado* por *desesperarse*, etc. 3.<sup>a</sup> Empleamos mas que los antiguos los participios contráctos, sin darles nunca el significado pasivo de los pretéritos regulares; cosa que ellos solían practicar, como cuando Hurtado de Mendoza dice en el libro 1.<sup>o</sup> de la *Guerra de Granada*, *Murieron rotos por Osmin*. 4.<sup>a</sup> Escaseamos por el contrario mas que ellos los aumentativos, los diminutivos y los superlativos, pues aunque sea cierto que la lengua española no hace tanto uso de los diminutivos como la toscana, se-

gun lo observó Herrera en sus notas á Garcilaso (página 334), no dejaban de ser frecuentes en aquellos tiempos, y lo son aun hoy día en la conversacion familiar. 5.<sup>a</sup> Somos tambien mas parcos en emplear los infinitivos tomados sustantivamente, prefiriendo decir, *Los gemidos de la desventurada traspasaron su corazon; La abundancia de las riquezas nos estraga*, en vez de, *El gemir de la desventurada traspasó su corazon; El abundar en riquezas nos estraga*.

IV.<sup>a</sup> Las ciencias naturales y las exactas, que tantos progresos han hecho últimamente, han dado un nuevo colorido al lenguaje por las metáforas, imágenes y símiles que de ellas tomamos, en lugar de los que sacaban los antiguos de las flores, de un riachuelo ó de los animales, es decir, de la naturaleza misma; ó bien de la medicina galénica, única que entónces conocian. *La esfera de los conocimientos, la divergencia de las opiniones, la parálisis del comercio, una posicion poco segura*, son metáforas que hemos pedido prestadas á la astronomía, á la óptica, á la medicina y al arte militar respectivamente. Meléndez ha cantado mas de una vez el cáliz de las flores, y aludido á sus dos sexos con arreglo ya á los recientes sistemas de bótánica.

#### *De los incisos y los períodos.*

Para los unos y los otros debemos seguir la pauta de los antiguos, que abundan en períodos largos y compuestos de muchos miembros, interpolados con otros de ménos extension. Pero cuídese sobre todo de que el pensamiento de cada cláusula tenga unidad y quede bien redondeado, sin saltar de unas ideas en otras con solo el enlace de un relativo, de una conjuncion ó de un participio activo; vicio en que caen á cada paso los malos escritores de nuestros dias. La respiracion de un buen lector no ha de fatigarse al recitarlos ó leerlos en alta voz; para lo cual es necesario que las pausas estén en los lugares convenientes, y que el final de los miembros ó colonas, y particularmente el de los períodos, sea musical y grandioso. Ha de procurarse pues que no terminen por uno, y ménos por muchos monosílabos; y no es lo mejor que acaben por sílaba aguda, á no ser en las

oraciones de interrogante. Sale mas cadencioso el remate, cuando lo forma una palabra aguda en la penúltima, aumentándose mucho su fluidez, si la precede una esdrújula, como, *cándida azuzena, intrépido soldado*. Por tener los requisitos que preceden esplicados, puede leerse sin fatiga la siguiente cláusula de Rójas Clemente en el prólogo á la *Agricultura general* de Herrera, edicion de 1818, no obstante que peca por larga: *Asi es que cuando de allí á poco, destumbrada la soberbia Roma por el brillo de sus trofeos, se obstinó en mirar como el mejor fruto de ellos las especies metálicas de las provincias, y no las vegetales con que solian ántes enriquecer las ferazes campiñas del Lacio; cuando la corrupcion de las ideas y de las costumbres, compañera inseparable de la pusion del oro, habia enervado las venerables instituciones antiguas, y lo que era aun peor, pervertido enteramente la opinion pública; cuando en suma el suelo de Saturno, sulcado ántes por los domadores de Cartago, los dictadores y los hijos de los dioses, sorprendido y como avergonzado de verse en brazos esclavos y mercenarios, se rehusaba tenazmente á rendir el alimento necesario para el populacho degenerado de la capital del mundo, que ya solo clamaba por pan y espectáculos; entónces el pueblo español, mas cuerdo y mas fiel á los mandatos de su Columela, colocando su principal ambicion en fomentar la agricultura, disfrutaba de pingües cosechas y progresivamente mayores, cuyo sobrante salvó no pocas veces en sus mas desesperados apuros á la metrópoli opulenta.*

Nuestros mayores empezaban con mas frecuencia que nosotros las cláusulas por una conjuncion, ó por la partícula *porque*, equivalente á *La causa de esto es que*; en lo cual convendria que los imitásemos, pues vale mas emplear una sola diccion que seis, entre las que se hallan nada ménos que cuatro monosílabas.

La diferencia principal entre los incisos y períodos de los antiguos y los nuestros, consiste en la colocacion del verbo, que reservaban aquellos generalmente para el fin, segun la costumbre de los latinos; en particular si esto favorecia á la mejor cadencia, á la cual llegaron á sacrificar en varias ocasiones hasta la claridad y la exactitud de la sentencia.

En todos los escritores de aquella época es muy familiar la sintaxis de los siguientes pasajes del *Don Quijote*: *Ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban* (parte primera, capít. 8°); *Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían* (capítulo 44); *Se puso algún tanto a mirar a la que por esposo le pedía* (parte segunda, cap. 56). Los genitivos y dativos iban también muy de ordinario delante de los nombres ó de los participios pasivos que los regían, como sucede en el capítulo 58 de la parte segunda de dicha obra: *Dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaran-to tejidas*.

No es decir que al presente no ocurra ni deba usarse nada de esto, sino que semejante colocación era mucho más común en lo antiguo, pues ahora solamente la emplean los buenos escritores para variar la dicción, ó por pedirlo así la eufonía del período.

Ya observé en los capítulos cuarto y quinto de esta segunda parte, que nuestros mayores eran poco escrupulosos en punto á la exactitud gramatical; que empleaban indistintamente *le* y *lo*, *les* y *los*, *le* y *la* para los acusativos masculinos y el dativo femenino singular del pronombre *él*, *la*, *lo*, y que no guardaban una norma constante en las frases de negación. En este mismo capítulo he notado otros casos en que vacilaba su dicción: ni se crea que son los únicos en que no estaba fijada, ó que eran á lo ménos rígidos observadores de las reglas comunes del lenguaje, pues se olvidaban á veces de las usuales de su siglo. Sin salir del *Don Quijote* ni del capítulo 44 ántes citado de la parte primera, leemos: *No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza*; y según lo prescrito en la pág. 150, debió decirse, *No se había mezclado la fraude etc.*, ó bien, *La fraude, el engaño y la malicia no se habían mezclado*. En el capítulo 9°, *No nada apasionados*; en el 40, *Como ninguno de nosotros no entendía el árabe*; en el 56 de la parte segunda, *Que nunca otra tal no habían visto*; y en el 59, *Ni Sancho no osaba tocar á los manjares*, en cuyos cuatro lugares sobre la negación *no*, según lo prevenido en las páginas 214, 215 y 250. En el capítulo 8° de la parte prime-

ra dice, *Contra el primero fraile*, y en el 40°, *El grande marques de Mantua*; lo cual se opone á lo prescrito en la pág. 424. En el capítulo 22 de esta misma parte hallamos, *Opresos de los mayores*, no muy de acuerdo con lo que se ha sentado en la Sintaxis (página 165) sobre la que guardan los participios contractos. Hai á veces preposiciones empleadas fuera de todas sus significaciones usuales, como cuando en el capítulo 43 dice, *Comemos el pan en el sudor de nuestros rostros*, en lugar de *con*, y en el 44, *Los que me solicitan de su particular provecho*, en vez de, *por su particular provecho*. En ciertos casos se notan hasta partes de la oración del todo redundantes, según se advierte en este pasaje del capítulo 2° de la parte primera: *¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga etc.*; donde hai de más un *sino*, un *que* y un *no*, como sobra la preposición *en*, cuando dice en el capítulo 45, *Para darte á entender, Panza, en el error en que estás*. Está repetida inútilmente la conjunción *si* en el capítulo 25 de la parte segunda, donde se lee: *De una señora sé yo que preguntó á uno de estos figureños, que si una perrilla de falda pequeña que tenía, si se empreñaría y pariría*. Poco más adelante, al capítulo 52, hallo imperfecto el sentido de este período: *Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de don Quijote, el cual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo que debía ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas; y así tendió la suya etc.*; por no haber puesto, *admiróse de semejante ceremonia*, ó bien, *admirado de semejante ceremonia, creyó que etc.* En el siguiente lugar del cap. 25 de la parte primera, *Los muslos cubrían unos calzones al parecer de terciopelo leonado*, hai anfibología por la razón que apunté en la página 197, y toda se desvanecería colocando el supuesto ántes del verbo, y despues el caso objetivo, de esta manera: *Unos calzones, al parecer de terciopelo leonado, cubrían los muslos*. Son frecuentes las inadvertencias de esta clase que ocurren en el *Don Quijote*, y se hallan notadas en el *Comentario* que ha publicado Clemencin. Semejantes descuidos, que en nuestros

mejores clásicos ocurren á cada paso, prueban que si bien deben servir como objetos de imitacion en su fluido y ordinario modo de escribir, no pueden serlo en aquellos pocos pasajes en que coincidentemente dormitaron, separándose de su misma sintáxis y de la de todos sus contemporáneos. En ellos, como en los mejores modernos, ocurren lunares; y si los disimulamos en un rostro hermoso, cuando son obra de la naturaleza, nunca manifestará el mejor gusto la belleza que se desfigure con semejante artificio, y ménos la que lo prodigue hasta el punto de afearse.

Para confirmar la doctrina de todo este capítulo, y hacer ver la analogía que nuestra lengua guarda con la francesa, italiana é inglesa, que son las mas conocidas entre nosotros, y el método que ha de observarse cuando traducimos sus libros, á fin de que la version tenga un aire castellano; pondré aquí el principio de la introduccion al *Siècle de Louis XIV*, con una traduccion ajustada al giro frances, sin faltar á la propiedad castellana.

*Ce n'est pas seulement la vie de Louis XIV qu'on prétend écrire; on se propose un plus grand objet. On veut essayer de peindre à la postérité, non les actions d'un seul homme, mais l'esprit des hommes dans le siècle le plus éclairé qui fut jamais.*

*Tous les temps ont produit des héros et des politiques; tous les peuples ont éprouvé des révolutions; toutes les histoires sont presque égales pour qui ne veut métre que des faits dans sa mémoire. Mais quiconque pense, et, ce qui est encore plus rare, quiconque a du goût, ne compte que quatre siècles dans l'histoire du monde. Ces quatre âges heureux sont ceux où les arts ont été perfectionnés, et qui, servant d'époque à la grandeur de l'esprit humain, sont l'exemple de la postérité.*

Para que no desdijese este trozo del rumbo que suelen adoptar nuestros escritores, seria necesario traducirlo por el siguiente estilo:

« Al escribir la vida de Luis XIV, me propongo el grandioso objeto de transmitir á la posteridad, no los hechos par-

No se pretende escribir solamente la vida de Luis XIV; se propone un objeto mas grande. Se quiere hacer el ensayo de pintar á la posteridad, no las acciones de un hombre solo, sino el espíritu de los hombres en el siglo mas ilustrado que jamas hubo.

Todos los tiempos han producido héroes y políticos; todos los pueblos han experimentado revoluciones; todas las historias son casi iguales para el que no se propone mas que encomendar hechos á la memoria. Pero cualquiera que piensa, y lo que es todavía mas raro, cualquiera que tiene gusto, no cuenta mas que cuatro siglos en la historia del mundo. Estas cuatro edades dichosas son aquellas en que se han perfeccionado las artes, y que sirviendo de época á la grandeza del talento humano, son un ejemplo para la posteridad.

ticulares de un individuo, sino el genio que desplegaron los hombres en el mas ilustrado de los siglos. »

« Es constante que en todos han descollado héroes y profundos políticos; que las naciones cuentan todas alguna revolucion en sus anales, y que las páginas de la historia apenas se diferencian en los acontecimientos que refieren. Sin embargo el hombre que discurre y tiene gusto, lo que no es mui frecuente, solo distingue en el vasto campo del tiempo cuatro épocas que puedan servir de pauta á los venideros, por lo mucho que las artes progresaron en ellas, y por el rápido vuelo que tomó el entendimiento de los mortales. »

Á pesar de que este escritor no es el mas cortado y sentencioso de los franceses, y que de propósito no cito el principio de su *Essai des mœurs de divers peuples*, ni ninguno de los pasajes de sus obras en que sobresale señaladamente aquel estilo; es fácil notar, cuánto tenemos que huir, traduciendo las obras francesas, de este monótono clausulado, que tan mal se aviene con la pompa y majestad de la lengua castellana. Tambien debemos evitar algunos modismos de locucion, que teniendo á la vista un original frances, pueden deslizarse sin advertirlo, por las diversas voces y frases que sus libros y su trato han hecho ya corrientes entre los que no se cuidan mucho de estudiar su idioma nativo.

En los italianos de buena escuela y no contaminados del gusto frances, no se tropieza con el primer inconveniente; pero sí con el de adoptar alguna construccion ajena de la índole de nuestra lengua, por lo mismo que tienen las dos tanta afinidad entre sí. Y este peligro no es de hoy, segun lo acreditan los italianismos que se han escapado á nuestros mas distinguidos escritores. Garcilaso dijo en su primera y mejor égloga,

*Cosa pudo bastar á tal crueza?*

y en la dirigida al duque de Alba.

*Quise pero probar si me bastase.*

Es puramente italiano el uso de la voz *carta* por *papel* en la égloga tercera, como lo es *trastulo* por *bufon* en el capítulo 7º de la segunda parte del *Don Quijota*; *pulcela* por *doncella* en el 44, y el diminutivo *tunicela* del 70. En la misma parte usó Cervántes de cinco locuciones enteramente

italianas, á saber, *Golosazo*, *comilon que tú eres*, y *El roto* (lo roto) *mas de las armas que del tiempo*, en el capítulo 2º; *No he visto que el sol*, en el 49; *Don Gregorio... será aquí al momento*, en el 65, y, *Ser pagado á medio real no que á cuartillo*, en el 71. Los estravios en que incurrieron tan grandes hombres, aun escribiendo obras originales, deben ponernos mui alerta, siempre que estemos traduciendo algun autor italiano, aunque no sea afrancesado, y pertenezca al buen estilo moderno de aquella nacion, como pertenece indudablemente Alfieri, de cuya *Vida* copio el siguiente pasaje de la *época segunda*, *capítulo 6º*:

*Io attribuisco in gran parte a codesto maestro di ballo quel sentimento disfavorevole, e forse anche un poco esagerato, che mi è rimasto nell' intimo del cuore, su la nazione francese, che pure ha anche delle piacevoli e ricercabili qualità. Ma le prime impressioni in quell' età tenera radicate, non si scancellano mai più, e difficilmente s'indeboliscono, crescendo gli anni; la ragione le va poi combattendo, ma bisogna sempre combattere per giudicare spassionatamente, e forse non ci si arriva. Due altre cose parimente ritrovo, recapazzando così le mie idee primitive, che m' hanno per sin da ragazzo fatto essere antigallo: l' una è, che essendo io ancora in Asti nella casa paterna, prima che mia madre passasse alle terze nozze, passò di quella città la duquesa di Parma, francese di nascita, la quale o andava o veniva di Parigi. Quella carrozzata di lei e delle sue dame e donne, tutte impiastrate di quel rossaccio, che usavano allora esclusivamente le francesi, cosa ch' io non avea vista mai; mi colpì singolarmente la fantasia, e ne parlai per più anni, non potendomi persuadere dell' intenzione, né dell' effetto di un ornamento così bizzarro, e ridicolo, e contro la natura delle cose; poiché quando, o per malattia, o per briachezza, o per altra cagione, un viso umano da in codesto sconciato rossore, tutti se lo nascondono potendo, o mostrandolo,*

Atribuyo en gran parte á este maestro de baile la idea poco favorable, y quizá algo exagerada, que he conservado siempre de la nacion francesa, no obstante las agradables y preciosas calidades que sus naturales poseen. Las primeras ideas que se nos imprimen y arraigan en la infancia, nunca se borran, y difficilmente se debilitan, andando el tiempo: la razon pugna porque las desechemos; pero tenemos que estar en continua lucha para poder juzgar desapasionadamente, y acaso no lo conseguimos. Otras dos cosas hallo, recapacitando sobre mis ideas primitivas, que me han hecho igualmente antifranceses desde muchacho: la una es, que estando todavía en Asti en la casa paterna, ántes que mi madre se casase la tercera vez, pasó por aquella ciudad la duquesa de Parma, francesa de nacion, en su viaje á Paris, de ida ó de vuelta. Su comitiva y la de sus damas y camaristas, embadurnadas todas de aquel colorete, que usaban entónces exclusivamente las francesas, cosa que yo nunca habia visto; hirió en gran manera mi fantasia, y estuve hablando de ello por mucho tiempo, no pudiendo concebir la intencion ni el efecto de adoptar un adorno tan estravagante, y ridiculo y contrario á la misma naturaleza; puesto que cuando por enfermedad, ó por embriaguez, ó por otra causa se pone el rostro extraordinariamente encarnado, todos lo ocultan pudiendo hacerlo; y si se presentan en público, escri-

*fanno ridere, o si fan compatire. Codesti cessi francesi mi lasciarono una lunga e profonda impressione di spiacevolezza e di ribrezzo per la parte femminile di quella nazione.* tan la risa ó la compasion. Estas máscaras francesas me dieron una idea tan desagradable y asquerosa del sexo femenino de aquella nacion, que jamas la he podido desechar.

Los libros ingleses son los que ménos tropiezos ofrecen al buen traductor español, pues al paso que la estructura de sus períodos se parece mucho á la nuestra, sus modismos y aun la sintáxis tienen poco de comun con la lengua castellana; y de consiguiente no es temible que la semejanza del giro y palabras de las frases nos alucine al traducirlas, como sucede á cada paso, cuando se tiene á la vista un original frances ó italiano. Bastan para convencerse de esto las dos cláusulas con que principia Hume el bosquejo del carácter de la reina Isabel.

*There are few personages in history, who have been more exposed to the calumny of enemies, and the adulation of friends, than queen Elisabeth; and yet there is scarcely any, whose reputation has been more certainly determined by the unanimous consent of posterity. The unusual length of her administration, and the strong features of her character, were able to overcome all prejudices; and, obliging her detractors to abate much of their invectives, and her admirers somewhat of their panegyrics, have, at last, in spite of political factions, and what is more, of religious animosities, produced uniform judgment with regard to her conduct.*

Ocurren pocos personajes en la historia, que hayan estado mas espuestos á la calumnia de los enemigos y á la adulacion de sus partidarios, que la reina Isabel; y con todo apenas habrá ninguno, cuya reputacion haya fijado de un modo mas positivo el unánime consentimiento de la posteridad. Por la extraordinaria duracion de su reinado, y por ser tan particularmente señaladas sus buenas y malas calidades, llegaron á acallarse todas las pasiones; y rebajando los calumniadores mucho de sus invectivas, y los admiradores algo de sus panegíricos, se obtuvo finalmente, á despecho de las facciones políticas, y, lo que mas es, de las desavenencias religiosas, un juicio uniforme respecto de su conducta.

Para señalar por fin prácticamente las diferencias entre nuestro estilo y el del siglo XVI, que es el objeto primario que me he propuesto en el presente capítulo, escogeré el mas célebre y ménos anticuado de sus escritores, y el pasaje que en razon de su contenido debe estar escrito en el estilo mas corriente de aquella época. Sirvan pues de ejemplo el principio del discurso de *Don Quijote* (parte primera, capítulo 57) sobre las armas y las letras, haciendo en él las variaciones que creo adoptaria su ilustre autor, si hoy lo escribiese.

## Testo de Cervántes.

Verdaderamente si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que *profesan* la órden de la andante caballería. Si no ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está á mi lado, es la gran reina que todos sabemos, y que yo soi aquel caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hai que dudar, sino que esta arte y ejercicio escede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, cuanto á mas peligros está sujeto. Quitenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas; que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se alienen, es, que los trabajos del espíritu esceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan; como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja mas; y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin.

## El mismo algo variado.

Verdaderamente si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que *siguen* la órden de la andante caballería. Porque ¿quién habría en el mundo, que si ahora por la puerta de este castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, juzgase y creyese que nosotros somos lo que somos? ¿Quién podría decir que esta señora que está á mi lado, es la gran reina que todos sabemos, y que yo soi aquel caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? No hai pues que dudar que esta arte y ejercicio esceden á todos los que inventaron los hombres, y tanto mas se han de estimar, cuanto á mas peligros están sujetos. Quitenseme de delante los que dijeren que las letras llevan ventaja á las armas; que les diré, sean quienes fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen alegar, y á la que ellos mas se alienen, es, que los trabajos del espíritu esceden á los del cuerpo, y que las armas se ejercitan solo con el cuerpo; como si el ejercitarlas fuese oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas que buenas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los que las seguimos, no se encerrasen todos los actos de la fortaleza, los cuales piden mucho entendimiento en el que ha de ejecutarlos; ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á conjeturar y saber la intencion del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son actos del entendimiento, en que no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues así que las armas requieren entendimiento como las letras, veamos ahora cuál trabaja mas, si el del letrado ó el del guerrero; y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto un fin mas noble.

Por esta muestra puede advertirse, que si bien hemos de evitar cuidadosamente algunas voces y frases de nuestros clásicos, de ellos, y no de otros, hemos de aprender el giro, la medida y el número de los períodos, que tan lastimosamente cortan los que han acostumbrado su oído y gusto á los autores franceses de mitad del siglo último, los cuales parece que clausulaban con grillos, segun son estremados su compas y monotonía. Algo mas noble y cadencioso es el giro que van adoptando los escritores actuales de aquella nacion; pero todavía ha de pasar algun tiempo hasta que lleguen á olvidar el estilo que hicieron como de moda Montesquien y sus contemporáneos.

Á mas de los puntos en que, segun he explicado, se distingue nuestro lenguaje del que era usual en el siglo XVI y en la primera mitad del XVII, hai otras diferencias mas palpables y mas peculiares de la gramática, que forman el objeto del

## CAPÍTULO X.

## DE LOS ARCAÍSMOS EN LOS NOMBRES Y EN LA CONJUGACION DE LOS VERBOS.

He reservado para este capítulo, que tiene una conexion íntima con el precedente, las observaciones mas indispensables al que, no contento con saber la lengua española cual hoi se habla, quiera estudiar los bellos modelos é ingeniosas obras de nuestra literatura.

Las singularidades principales respecto del nombre están reducidas á que,

1º Evitaban los antiguos cuanto podian que el artículo femenino *la* precediese á voz que principiase por *a*, tomando en su lugar el masculino, aunque la dicción siguiente no fuese un nombre sustantivo, ni la *a* la sílaba acentuada; únicos casos en que hacemos ahora este cambio. Á cada paso hallamos en sus obras *el acémila*, *el aficion*, *el alegría*, *el amistad*, *el antigüedad*, *el aspereza*, *el autoridad*, *el azuzena*, *el alta sierra*, y Hurtado de Mendoza repite mucho *el Alpujarra* y *el Andalucia*. Algunos observaban esta práctica, aun cuando el nombre empezaba por vocal dis-